

⦿tro punto de vista

Aún recuerdo cuando tomé consciencia en el vacío antes del tiempo. Sin un cuerpo físico, podía sentir todo a mi alrededor y, lentamente, empecé a ocupar un espacio definido. A mi alrededor había más como yo. No, al fijarme mejor, vi que no eran como yo. Ya en ese principio, los otros cuerpos eran luminosos y el mío era oscuro. Además, mi forma ocupaba un espacio descomunal al escalarlo con las demás, sólo la más cercana a mí era comparable en tamaño a mi propia esencia. Muy lentamente, se fueron definiendo nuestras siluetas, aún no físicamente, sino en substancia que, ahora sí, se asemejaban más unas a otras.

En ese instante, una figura más se hizo presente y de inmediato sentimos que era nuestro creador. Al hacerse visible también fuimos conscientes de su nombre: Eru. Fue entonces cuando conocí también mi propio nombre: Melkor. Quien estaba junto a mí se llamaba Manwë y, desde ese preciso instante, lo consideré mi hermano.

Y dijo Eru:

—Ainur, cantad para mí. —Y así lo hicimos.

De uno en uno, comenzaron los Ainur a cantar. Cuando llegó mi turno, una boca se dibujó en mi silueta. No sabía qué debía cantar, sin embargo, en ese preciso instante, me sentí uno con Eru. Comprendí que era un vástago de su propio pensamiento y supe cuál era su deseo. Canté para él y, mientras lo hacía, conocí el motivo de mi existencia y la misión que Eru quería para mí. La más difícil de todas las misiones, no obstante, era yo el más poderoso de todos los Ainur y, por tanto, el único capacitado para llevarla a cabo.

Durante incontables eones cantamos para Eru, primero en solitario y luego formando pequeños grupos y Él estaba complacido. Y sucedió que Eru nos reunió a todos y nos comunicó:

—Lo que anhelo ahora es que cantéis una gran canción todos al unísono. Y en esa canción, vuestros poderes, tal y como os han sido otorgados, han de tener su propia presencia, adornando la música misma, pues ésa es mi voluntad.

Y, cumpliendo su deseo, comenzamos a cantar. Esta música era especial y, mientras la ejecutábamos, a nuestro alrededor se levantaban poderosas columnas, altas paredes y un techo nos cubrió, quedando así formados los salones intemporales. Y nuestra esencia también se definió, en lo que antes era una masa informe ahora podía distinguirse una cara y sus ojos, unas

manos y sus dedos, o un sexo que nos dividió entre masculinos y femeninos, según la voluntad de cada cual. Eso no es todo, a nuestras mentes llegaban visiones de un mundo desconocido y de lo que habría de suceder en él. Un mundo habitado por seres vivos, elfos y humanos, hijos de Eru.

Cada una de las voces de los Ainur cumplía un papel en la gran canción. Piano, trompetas, violines, contrabajos, flautas, coro. Junto a mí, una cantante mezzosoprano destacaba por sobre sus iguales, su nombre era Varda; y mi voz gutural, acompañada de batería y guitarras eléctricas, empastaba a la perfección con la suya. Un sentimiento floreció en mi interior hacia esa Valie con la que tan buena pareja hacía. El momento se estropeó por culpa de algunos Ainur a los que disgustaba mi papel en la música, en algunos casos no lo entendían, en otros se sentían confusos o envidiosos. Tal fue el desconcierto creado por esos disconformes, entre los que se encontraban Ulmo, Aulë y mi propio hermano, Manwë; que Eru se vio obligado por tres veces a interrumpir la gran canción, y por otras tres veces se reanudó.

Y cuando hubo terminado la música, Eru se sintió complacido y exclamó:

—¡Eä! Lo que es, es.

Levantándose de su trono labrado en mármol blanco, se dirigió a uno de los grandes ventanales que había en el palacio y nos invitó a hacer lo mismo. Al asomarnos, descubrimos aquel pequeño planeta, que antes no estaba ahí. Era Arda, y lo sabíamos porque ya lo habíamos visto y cantado sobre él. Nos sentíamos asombrados y Eru volvió a hablar:

—Lo que habéis visto mientras la música era compuesta ha comenzado a hacerse realidad. Muchas de vuestras visiones aún no han sido, pero serán. Este cometido os ordeno ahora, descendad a Arda y que cada cual use su propio poder y habilidad en hacer realidad la visión.

Durante largo tiempo deambulé por las estancias del Palacio Intemporal, dudando de mi propia encomienda. Un deseo ardía en mi corazón y no era otro que el de crear vida, pero ese poder no me había sido otorgado. Sólo a partir de la Llama Imperecedera nace la vida, pero no fui capaz de localizarla en ninguno de los salones, lo que me hizo cuestionarme si ese Fuego Secreto existía en realidad en aquel lugar. Pero el deseo de Eru era mi deseo, al ser yo mismo una parte de Él, por lo que descendí a Arda con el objetivo de hacer valer su voluntad.

De entre todos los Ainur, los vástagos de Eru que participamos en la Canción, un gran número descendimos desde los Salones Intemporales a ese recién creado planeta. Muchos lo hicieron por amor a la visión del mundo, yo lo hice por amor a otra de mi esencia y porque mi cometido

en Arda no podía ser completado por ningún otro. Catorce fuimos los Valar que descendimos al mundo en el comienzo del tiempo, acompañados de un miliar de Maiar, algunos de los cuales compartían mi visión ya en la Gran Música. Pero sólo una entre todos conservó la luz de Eru en su rostro. Varda, con una belleza tan grande que no existen palabras para describirla como se merece. He sentido mucho dolor a lo largo de la historia, quizá más que ningún otro ser de la creación. Sin embargo, mi momento más doloroso no fue sino el instante en que fui rechazado por Varda, quien prefirió amancebarse con Manwë. Fui traicionado por aquel a quien consideraba mi hermano.

No es fácil sobrellevar un rechazo así. Tras nuestro descenso a aquel nuevo bello planeta que apareció en nuestras visiones, comencé a ser apartado del resto de los Valar. Al principio, de forma velada, pero conforme el tiempo pasaba, la repulsión hacia mí se hizo más visible. Ya ni se molestaban en disimular sus afrentas. De nuevo, los líderes impulsores del desaire contra mí fueron Ulmo, Aulë y Manwë, aquellos que ya durante la gran canción se posicionaron en mi contra.

Comenzaban los trabajos para completar Arda, preparándola para cuando llegaran los Hijos de Ilúvatar, el momento anhelado por todos nosotros, cuando Manwë habló a los Ainur que allí estaban, pero dirigiéndose especialmente a mí.

—Tomo para mí este reino. Para mí y todos aquellos que me rindan pleitesía. Pues soy el más querido en el corazón de Eru y mi voz es la suya.

—Una injusticia es lo que dices. Si alguien es más poderoso soy yo mismo y no merezco sino estar entre los líderes —repliqué.

—Este reino no lo tomarás injustamente —insistió Manwë, al tiempo que una gran cantidad de espíritus mayores y menores se posicionaron junto a él, en clara señal de apoyo.

La discusión subió de tono y las acusaciones iban y venían. Sabiendo que poco podía hacer ante tal situación, decidí salir de allí, dirigiéndome a otra región. Lo suficientemente alejada como para pasar desapercibido y, al mismo tiempo, cercana lo necesario para no perder de vista las acciones de mi hermano y el resto de Ainur que seguían allí.

Desde aquella remota posición, vi cómo los espíritus adoptaban cuerpos físicos, creando burdas imitaciones de los Hijos de Ilúvatar tal y como habían sido vistos en nuestra ensoñación durante la tercera de las canciones. Sus cuerpos eran masculinos y femeninos según su propia voluntad y aparecían vestidos con las galas del mundo, con colores diversos. Yo también hice lo propio,

no obstante, elegí el color negro para mis vestiduras, no queriendo ensuciar con otros colores mi propia esencia. Cuando los fuegos y remolinos que azotaban el mundo se hubieron apaciguado, volví a descender junto a los Valar, con la voluntad de ayudar en la adecuación de Arda. Obteniendo el desprecio por respuesta.

A pesar de ese rechazo, seguí ayudando a los demás, incluso a Ulmo, quien mayores afrentas tuvo contra mí. A él se le encargó gobernar sobre las aguas, pero ah, cuán corto de miras resultó ser. Tan solo era capaz de entender el agua como líquido hasta que le imbuí frío, creando así el hielo y la nieve, y se agradaron con su belleza. Después, le infundí calor hasta convertirla en vapor, que subió formando nubes en el cielo. De este modo, gracias a la lluvia, el agua era capaz de llegar a cualquier punto de Arda, por alejado que estuviera del mar. Vital para el desarrollo y florecimiento de todos los olvar. Algo que Yavanna nunca me agradeció.

En dar forma a la tierra fue Aulë, cuyas capacidades y conocimientos eran notables, quien más esfuerzo puso. Extendió grandes llanuras y levantó altas montañas, un trabajo nada desdeñable que, no obstante, carecía de la calidad necesaria. La distribución que hubo creado resultaba demasiado simétrica y cuadrículada, algo claramente artificial. Ahí estuve para enmendar sus errores, dando al paisaje la belleza que merecía. Huyendo de esa falsa perfección que anhelaba Aulë, la distribución mejoró sobremanera. Entre los Maiar que servían a este Vala, brillaba uno en concreto. Su nombre era Mairon quien, tras ver la obra culminada, comprendió quién tenía una visión más completa del mundo que pisábamos, decidiéndose poco después a venir junto a mí. El poder de este Maia lo colocaba muy por encima de sus iguales, casi a la altura de los Valar. La historia posterior tendría un fatídico destino para él.

La visión sesgada de cada uno de los Valar de cómo debía ser el mundo no llegaba a cumplirse, pues era yo el encargado de transformar sus obras conforme a la visión global. La mayoría no podía entenderlo. Se obstinaban cuando levantaba un valle o cuando derribaba una montaña que no debían estar ahí. Su falta de iniciativa y esa carencia de una mayor amplitud en cuanto a miras se refiere fueron la causa de la primera batalla. No comprendían que mis acciones daban forma a la Tierra, que se hacía más firme con cada uno de esos actos.

Pero así es que llamaron a un espíritu más a descender desde los Palacios Intemporales. Aquel maníaco de risa demencial tenía por nombre Tulkas. Mientras creábamos o modificábamos los grandes aspectos del mundo, él era un Vala destinado en exclusiva al combate, podría decir que me sentí honrado, aunque no fue así. Demasiada violencia gratuita y desquiciada. Por evitar un combate con él, me retiré de nuevo, acompañado de un buen número de Maiar.

Desde mis estancias, ocultas a los ojos de mis pares, observé con detenimiento lo que hacían, sobre todo en el continente de Endor, la Tierra Media, rodeada de los mares circundantes. En este periodo sin mi tutela, los fuegos fueron sofocados o encerrados en el interior de montañas, al fin Yavanna plantó las semillas que había tenido guardadas por tanto tiempo. Sin embargo, al haber ocultado toda luz del mundo, no podían germinar.

Sucedió entonces que Yavanna suplicó a su esposo fabricar dos grandes lámparas. Así lo hizo Aulë y, a continuación, Varda les dio la luz necesaria. Illuin fue levantada sobre un enorme pilar al norte de la Tierra Media, mientras que, en el sur, hicieron lo propio con Ormal. Gracias a la luz de las lámparas y al agua de la lluvia, que contribuyó a crear, comenzaron a brotar plantas por toda la tierra. Desde pequeños helechos a enormes árboles, grandes como montañas. Y algunos animales fueron a vivir en el interior de los bosques y selvas recién creados. Sin embargo, en la visión original de Ilúvatar, esto no debía haber sucedido así.

Los Valar se establecieron en la isla de Almaren, donde descansaron viendo los frutos de nuestro esfuerzo. Ese descanso se convirtió en desidia, creyendo su obra terminada. Pero, nada más lejos de la realidad, pues los Hijos de Ilúvatar no iban a despertar con el mundo en aquel estado. Aun así, satisfecho del trabajo realizado, Manwë convocó a todos los espíritus a una gran fiesta en Almaren. La Primavera de Arda es como la llamaron. Y allí se reunieron.

Aprovechamos el desmadre propio de aquella juerga para volver a la Tierra Media sin ser vistos. Más al norte de la lámpara de Illuin comenzamos a cavar profundo, ocultos en las sombras. Así se creó la fortaleza de Utumno, una ciudadela escondida de los ojos de los Valar, desde donde poder dar cumplimiento a la misión que me fue encargada durante la Gran Canción. Utumno era más negra que la noche y su localización exacta permaneció oculta por largo tiempo a los otros poderes del mundo.

La Fiesta de la Primavera continuaba y Tulkas se había acostado de resaca tras su boda con Nessa, lo que suponía que era el momento idóneo para asestar mi primer gran golpe. Rompí el gran pilar, derribando con él la primera de las lámparas. Con enorme rapidez, viajé al sur para también derribar la otra lámpara. Entre el tumulto y el caos causado, pude volver a refugiarme en mi fortaleza sin ser visto.

La caída de las lámparas supuso un enorme cataclismo que cambió la superficie de la tierra. Se abrieron grietas y se quemaron grandes extensiones de terreno. La morada de Almaren quedó destruida por completo, algo que provocó un suceso inesperado. Tras unas reparaciones de urgencia, los Valar decidieron abandonar la Tierra Media yendo a Aman, el continente occidental.

Sin pretenderlo, quedé como único responsable en Endor, que únicamente recibiría visitas esporádicas por parte de Oromë y Yavanna.

El reino de Aman, que a partir de entonces comenzó a ser conocido como Valinor, estaba al otro lado del mar llamado Belegaer. Junto a la costa levantaron una larga cordillera, en la que Manwë y Varda ubicaron su residencia, en la más alta de aquellas montañas. En el interior, construyeron la ciudad de Valmar y, en un montículo junto a ella, Yavanna plantó dos semillas en las que había depositado buena parte de su propia esencia. Nienna lloró en ese lugar y sus lágrimas regaron la tierra.

En una ocasión en que estuvieron los Valar reunidos en aquel lugar, Yavanna empezó a cantar. Únicamente se escuchaba el sonido de su voz cuando las semillas germinaron y los pequeños brotes comenzaron a surgir por entre la hierba. Los plantones crecieron hasta dar lugar a dos frondosos árboles, los cuales emitían una mágica luz. Laurelin y Telperion eran sus nombres y su luz, dorada y plateada, iluminaba toda aquella tierra.

Mientras tanto, desde Utumno goberné lo mejor que pude. La oscuridad lo invadía todo, algo que a la postre se entendería como necesario. Yavanna visitaba a menudo la Tierra Media y se lamentaba de su aspecto, una vez la hubieron abandonado. Hizo dormir a muchos de sus animales y plantas, a la espera de un nuevo florecimiento llegado el momento. Otras de esas criaturas tuvieron que adaptarse a la nueva situación y fueron de algún modo corrompidas. La conocida como Kementari repudió a aquellos seres, a los cuales finalmente acogí. Habían cambiado por el desprecio de su creadora y entonces crecían bajo mi amparo.

Aparte de aquella gran cantidad de criaturas, también muchos espíritus llegaban a mí buscando refugio. De los más poderosos entre ellos se encontraban los balrogs, espíritus con corazón de fuego y cubiertos por un manto de sombras. Un buen número de ellos tenían alas a la espalda y portaban látigos de fuego.

Con la ayuda del otrora siervo de Aulë, levanté una nueva fortaleza, al contrario que Utumno, la cual se hallaba oculta en las profundidades de la tierra, Angband se alzaba orgullosa junto a la costa, desde donde vigilar cualquier ataque proveniente de Aman. Fue mi teniente, Sauron, el encargado de gobernar aquel lugar, sin embargo, llegué a arrepentirme de otorgarle tal responsabilidad, pues el cargo se le subió a la cabeza y llegó a atribuirse tareas que no le eran propias.

A pesar de todo, de Laurelin y Telperion a la Tierra Media apenas llegaba un leve resplandor que podía verse allá en la lejanía del oeste. Pues las montañas conocidas como Pélori cubrían la luz

de aquellos árboles. Viendo que toda la Tierra Media permanecía en penumbra, al fin Varda tomó una decisión. Tomando el rocío de la luz de aquellos árboles se dirigió al firmamento y allí lo esparció, dando lugar a nuevas estrellas e iluminando con fuerza algunas de las más antiguas. Aquel era el movimiento necesario que únicamente yo conocía, pero no podía explicar ni realizar por mí mismo. Esas nuevas estrellas suponían el ingrediente esencial para aquello que tanto anhelábamos los Valar.

Sucedió que, a esa misma hora, al noreste de la Tierra Media, en una laguna conocida como Cuivienen, despertaron los Primeros Hijos de Ilúvatar, los elfos, conocidos como Quendi en aquellos primeros tiempos. Tal y como los habíamos visto durante la Canción, aquellos eran los seres vivos más majestuosos de cuantos poblaban Arda. Me acerqué hasta aquella laguna con la intención de presentarme como uno de los poderes del mundo. A la primera impresión, se mostraron temerosos, pero rápidamente me aceptaron entre ellos y mis visitas se convirtieron en algo frecuente. Allí les instruí acerca del mundo. Mencioné que fue gracias a mi aún amada Varda que ellos despertaron, y se sintieron maravillados y la glorificaron llamándola Elentári y Elbereth Gilthoniel. También les hablé del peligro que sería que siguieran a un jinete hacia el oeste, pero aquí no todos me escucharon.

Durante aquel largo tiempo que pasé junto a los elfos, me percaté de algo más. Ver cómo las plantas y los animales morían les apenaba. Sentí como a algunos de ellos la inmortalidad los haría profundamente infelices, por lo que decidí acabar con ese sufrimiento para aquellos que así lo desearan. Así sucedió que fui hasta Utumno acompañado de quienes no querían una vida eterna. Experimenté con mi magia y mis conocimientos tanto como me fue posible hasta lograr transformarlos en orcos. Unos seres con vidas mucho más cortas e intensas. Lamentablemente, su aspecto también se vio afectado, perdiendo aquella belleza y majestuosidad características de su antigua raza. No obstante, se sintieron aliviados y, a modo de agradecimiento, decidieron servirme en cuanto necesitara, tanto ellos como sus hijos.

En una de sus incursiones a la Tierra Media, Oromé viajó más al norte y más al este de lo que era habitual en él. En la lejanía vio elfos, pero no los reconoció como tales y el Vala hizo lo que mejor sabía hacer: cazar. Se empezaron a contar historias en Cuivienen acerca de aquel jinete que daba muerte a quienes se encontraban en su camino. Las batidas de Oromë penetraban cada vez más al interior, lo que le hacía acercarse a la laguna del despertar. Así fue que, en una de esas acometidas, escuchó palabras pronunciadas por aquellos seres y se dio cuenta de su grave error. Arrepentido, volvió a Valinor a contar lo que había descubierto, pero no contó nada acerca de los asesinatos que hubo cometido.

Los Valar que lo escucharon entraron en cólera. La rabia inundó sus corazones, que largo tiempo habían anhelado la llegada de los Hijos de Ilúvatar. El entender que era yo quien había tenido contacto con los elfos y no ellos mismos, encendió la llama de ese sentimiento, que Tulkas se encargó de avivar. Así es que los encolerizados Valar se dirigieron al norte de la Tierra Media a presentar batalla. Me refugié en mi fortaleza, tratando de evitar un combate que, sin duda, dañaría a Arda.

Muchos de los espíritus que me apoyaban, en especial los poderosos balrogs, se enfrentaron a aquel ejército que únicamente buscaba imponer su tiranía. Pero las fuerzas de los Valar continuaron avanzando sin piedad. El primer golpe lo dieron en Angband, que fue arrasada, aunque algunos lugares permanecieron en pie. Sin embargo, a Sauron no lo encontraron allí. Las fuerzas de Valinor continuaron hacia el este. La tierra temblaba con cada sacudida que suponía un nuevo ataque de la que sería conocida como la Batalla de los Poderes. Los elfos se quedaron asustados junto a Cuivienen, viendo toda la destrucción de la que eran capaces aquellos Valar. Continuaron provocando enormes cataclismos que cambiaron la faz de la tierra una vez más, hasta que lograron hallar la fortaleza oculta de Utumno.

El sitio a las puertas se prolongó durante varios años, en los que nos defendimos como pudimos de aquellas violentas embestidas, hasta que, finalmente, las puertas fueron derribadas. Tulkas fue el primero en entrar y su desquiciada risa reverberaba por entre las estancias de Utumno. El terror que provocaba aquel perturbado no era comparable a nada que se hubiera visto con anterioridad en aquellas tierras. Siguió adentrándose en las profundidades mientras continuaba esa risa trastornada, hasta finalmente hallarme. En aquella sala presenté batalla, mas poco podía hacer. No obstante, Tulkas había sido concebido con aquel único propósito. Lanzaba puñetazos que yo trababa de bloquear. Y sus carcajadas resonaban tras cada impacto. También intenté golpearle, pero era en vano. Sus puños me golpearon hasta que caí. Aun en el suelo, me pateó una vez más para asegurarse la victoria.

Por si ya de por sí no fuera suficiente humillación, usó una cadena para atarme los brazos y me rodeó el cuello con ella. Angainor era el nombre de aquel instrumento de tortura y la marca de Aulë se sentía en su manufacturación. Era tremendamente pesada, más de lo que parecería a simple vista, y me hacía sentir que todo mi poder quedaba anulado mientras la llevara sobre mí. De esa forma, encadenado del cuello como un perro, fui arrastrado por las salas y pasillos de la fortaleza, subyugado por mi enemigo, hasta cruzar las puertas donde los otros Valar esperaban y, sin mediar palabra, me vendaron los ojos y amarraron los pies, a pesar de mis súplicas.

De aquella guisa me transportaron hasta Valinor, algo que no supe hasta que, con un gesto de desprecio, me quitaron las vendas y pude ver que estaba arrodillado en el centro del Anillo del Juicio, frente a mí, sentado en su trono, se hallaba Manwë. Antes de que pudiera pronunciar palabra, una patada en mi espalda hizo que cayera de bruces hacia delante, golpeando con la barbilla en el frío suelo. Una sonora risotada se escuchó entonces de boca de aquel maniático.

—He aquí al más poderoso de los Valar —proclamó Manwë.

—Si en algo te he ofendido, hermano, perdóname.

—¿Algo? Desde que descendimos a Arda no has hecho sino el mal.

—No... No es así —declaré, con voz temblorosa—. En nada busqué el mal. Sí es cierto que añadí algo de caos a vuestras construcciones para convertirlas en algo orgánico y bello. ¿O es que acaso olvidáis cómo transformé el agua del mar en nubes que riegan los campos de Yavanna?

—Una consecuencia sin duda inesperada —dijo entonces Ulmo.

—¿Y qué hay del hecho de derribar las grandes lámparas? —protestó Aulë—. Largo tiempo trabajé en su fabricación.

—No niego la bella manufacturación de esas dos lámparas. Simplemente, no debían estar ahí. La luz de las estrellas era necesaria para...

—¿Para qué? —preguntaron casi al unísono, tanto Varda como Manwë.

Guardé silencio. No podía decir que conocía cómo habían de despertar los Primeros Hijos de Ilúvatar. Si lo hubiese hecho, los Segundos no habrían llegado a hacerlo jamás. Sólo a mí, de entre todos los Ainur, se me mostró esa imagen durante la Gran Canción.

—Y bien, ¿ahora callas? —Manwë se puso en pie para pronunciar aquellas palabras—. Así sea, pues, te condeno a pasar tres edades encadenado en las estancias de Mandos, de donde nadie puede jamás escapar. Tras ese tiempo, serás juzgado de nuevo o se te concederá el perdón.

No pude hacer más que agachar la cabeza y aceptar esa condena.

Cuando se es inmortal, el tiempo se siente de manera diferente. Pasar lo que podría llamarse una eternidad atado con una cadena al cuello es infinitamente tedioso. Los mismos pensamientos sobrevuelan la mente una y otra vez. No hay distracción posible y la pena se adueña del corazón sin remedio alguno. Al fin, las tres edades pasaron y el tiempo de mi condena terminó. Fui conducido de nuevo al Anillo del Juicio, ante las puertas de Valmar, reunidos allí

una vez más todos los Valar. Me sorprendió ver allí algunos elfos, así que finalmente habían caminado el largo peregrinaje desde su hogar en el noreste de la Tierra Media hasta las Tierras Imperecederas. Manwë tomó la palabra.

—Tres edades después, henos aquí de nuevo. ¿Te arrepientes de tus actos, Melkor?

—Por supuesto. Largo tiempo es del que he dispuesto para pensar y reflexionar. Pido vuestra amnistía para volver a ser libre. Ayudaré en todo cuanto sea necesario para restituir al mundo de sus heridas, colaborando con mis hermanos Ainur y con los Hijos de Ilúvatar.

—Sus palabras parecen sinceras —dijo Nienna—, y si nos ayuda a curar las heridas que él mismo causó, deberíamos concederle el perdón.

—Así sea —sentenció Manwë.

El mismo Aulë se acercó y me desencadenó de Angainor. Volví entonces a sentir la fuerza en mi interior y fui capaz de ponerme en pie y enderezar la espalda, después de aquella gran cantidad de tiempo encerrado. Sin embargo, para mantenerme bajo vigilancia, no estaba permitido que saliera de la ciudad de Valmar.

Habité en la ciudad y ayudé a quienes en ella vivían. Dando consejos e indicaciones que eran bien aprovechados por los elfos. Descubrí que había tres linajes entre ellos. Los Vanyar eran demasiado vanidosos, apenas aceptaban consejos y algunos parecían desconfiar de mi persona. Los Teleri vivían apartados, más centrados en la construcción de barcos, donde yo apenas tengo conocimientos ni interés. Y los Noldor, con ellos fue con quienes más congenié, expertos orfebres y herreros que fueron instruidos con mis conocimientos.

Pasado un tiempo, Manwë permitió que pudiese andar libremente por todo Aman. Y aproveché para visitar nuevos lugares, explorando aquel continente del que casi nada conocía. Y continué prestando ayuda a todo aquel que la solicitara. Los Eldar buscaban mi amistad, que gustoso les ofrecía, junto a mi conocimiento y trabajo en cualquier tarea que emprendieran. Algo que les complacía tanto a ellos como a mí mismo. Algo que nunca hubiera creído estaba sucediendo y es que, por un tiempo, sentí lo que era la felicidad y el ser querido por los demás.

Nunca le instruí directamente, pero, sin duda, el príncipe Fëanor, quien fuera el más grande entre los elfos, aprendió de mis conocimientos y lo aplicó a sus propias obras. Las más grandiosas entre ellas fueron los Silmarilli, tres joyas que guardaban la misma luz de los árboles.

En mi afán de difundir la verdad, hablé con los elfos acerca de un conocimiento que los otros Valar les habían ocultado a propósito. Y es que ellos eran los Primeros Nacidos, pero habían de llegar los Segundos, los hombres mortales. No quedaba mucho, en verdad, para que esto sucediese, pero aún habían de darse algunas circunstancias. El hecho de saber que algo de tanta importancia se les había mantenido en secreto enojó a algunos de ellos, mientras que, a otros, simplemente, les hizo desconfiar. Quise saber por qué habían decidido venir hasta aquí, pero apenas supieron responderme, nada más allá que el simple hecho de seguir a aquellos poderosos seres a su reino allende el mar. Pero les recordé que la Tierra Media es muy vasta y allí pueden construirse ciudades y reinos. Algo que hizo que un número considerable se planteara ese hecho.

El conocimiento que inculcaba a los elfos hizo que estos desconfiaran de los Valar, al tiempo que también hacía que desconfiaran unos de otros. Así es que muchos empezaron a forjar espadas y escudos con los que defenderse de sus posibles enemigos en caso de ataque. Y de ese modo fue como, paulatinamente, el mundo de las mentiras orquestadas por los Valar fue desmoronándose lentamente.

Fue precisamente Fëanor el que más fuerte alzó la voz, añorando volver a la Tierra Media, de donde provenían y habían venido a Valinor a causa un mero capricho que no les incumbía. Desenvainó su espada, apuntando al pecho de su medio hermano, Fingolfin, al ver que éste pretendía usurpar su lugar, siendo así la primera vez que alguien usaba un arma en la Tierra Bendecida, aunque fuera únicamente como amenaza.

Por doce años fue desterrado Fëanor de la ciudad de Tirion en que vivían. Tanto él, como sus siete hijos y su padre, Finwë, salieron de allí y establecieron su morada al norte, en Formenos, también allí guardaron las gemas, protegidas en el interior de una cámara de hierro. Así sucedió que se quedó Fingolfin con el trono, tal y como había predicho. Yo también me alejé, tanto de Tirion como de Valmar, sabiendo que sería acusado de estos hechos o de la sombra que empezaba a oscurecer los árboles y de la que nadie conocía su procedencia.

Llamé a las puertas de la casa de Fëanor para advertirle de la situación y de cómo los Valar codiciaban los Silmarilli y que no estarían seguros mientras permanecieran en Aman. Pero él respondió diciendo que yo también era un Vala y que estaba en mi naturaleza esa misma codicia, cerrando la puerta en mis narices.

Sabiéndome perseguido, hui de forma rauda como una sombra a través del Calaciryá, pasando cerca de la colina de Túna, rumbo a Araman. Pero no me dirigí a mi fortaleza de Utumno, sino

que continué al sur, desde donde me interné de nuevo en Aman, pero esta vez, alejado de las ciudades de Eldar y Calar, a la región oscura de Avathar.

Ahí la oscuridad lo cubría todo. Pero no eran unas sombras o la simple ausencia de luz. Una oscuridad densa y palpable, que podía llegar a asfixiar si se respiraba demasiado en su interior. Algo tan inconmensurable e indescriptible que sólo con horror se puede definir, pues resultaba más umbrío que el negro mismo. En aquella región tenía su morada Ungoliant, y las sombras se entrelazaban formando hilos de telaraña a su alrededor. Ella vino de más allá del mundo y, al principio, estuvo a mi servicio, pero pronto se marchó, para ser así la señora de su propia codicia. Aquí los Eldar no pueden fijar su vista, pues ninguna luz escapa de este lugar y acercarse les daña su mismo espíritu de manera indescifrable. Tampoco los Valar prestaban atención a este lugar, más focalizados en sus propios ombligos que en lo que sucedía más allá de Valmar. Así pues, era un terreno seguro donde permanecer oculto, entre las espesas tinieblas.

En el centro de aquella lúgubre oscuridad, hallé a Ungoliant, con el aspecto de una terrible araña gigante. Sus ocho patas se movían veloces por entre los hilos sombríos que ella misma generaba en rededor.

—¿Qué busca en mi hogar el más poderoso de los vástagos de Eru? —Su voz tenía un tono agudo, pero, al mismo tiempo, retumbaba con gravedad, haciendo que las hebras de lobreguez vibraran al ritmo de sus palabras.

—Necesito vuestra ayuda y un trato os ofrezco. Ya que el resplandor es vuestro sustento, os brindo la mayor fuente de luz en este mundo.

—No está entre tus atribuciones brindarme esa luz. Y no me expondré yendo allá donde moran los Señores de la Tierra, entre los que ya no te encuentras.

—Si hacéis lo que pido, quedaréis saciada por toda una edad. Y si vuestra codicia es aún mayor, más os daré —sentenció. Y ella accedió.

Envueltos en tinieblas nos desplazamos. Ungoliant lanzaba los negros hilos que se adherían a las paredes, montañas o árboles y dentro de aquella insondable oscuridad nos movíamos sin ser detectados. Manwë había organizado una gran fiesta en Taniquetil, la más gloriosa desde aquella Primavera de Arda. Valar, Maiar y Eldar se reunieron allí, incluso el desterrado Fëanor se hizo presente. Las ciudades de Valmar y Tirion quedaron vacías, por lo que nos resultó sencillo llegar, rodeados por la espesa lobreguez, hasta el verde montículo de Ezellohar, donde se alzaban los dos árboles. En ese momento, las luces de Telperion y Laurelin se mezclaron como

sucedía cada seis horas, iluminando de plata y oro el firmamento, una bella estampa que no se volvería a repetir.

Ella se encaramó con sus ocho patas por sobre las raíces del primero de los árboles y yo, de un salto me coloqué junto a él. A continuación, clavé mi lanza larga hasta la médula y de la profunda herida brotó una savia resplandeciente que Ungoliant devoraba ávida de luz. Me dirigí al otro árbol e hice lo mismo. Cuando comenzó a manar savia a borbotones, la enorme araña saltó y abrazó el tronco, y así empezó a beber también el néctar del segundo árbol. Cuando la resina del primero manó hasta el suelo, ella de nuevo brincó hacia él y continuó absorbiendo. De esa manera se alimentaba Ungoliant y su cuerpo crecía y crecía, al tiempo que su ponzoña se introdujo en los árboles, haciéndolos marchitar. Raíces, troncos, ramas y hojas perecieron por culpa de su veneno de muerte. Y aún después de haber secado los árboles, seguía con apetito y bebió de las fuentes de Varda hasta vaciarlas. Vapores negros salían de su interior en forma de eructos, mientras adquiría un tamaño considerable, mayor incluso al mío.

Para entonces, la oscuridad lo envolvía todo. Pero no únicamente por la falta de iluminación de los árboles, sino las tinieblas palpables propias de Ungoliant, tal y como se extendían en su cubil de Avathar. Desde la cima de Taniquetil descendieron Oromë y Tulkas buscando gresca, pero, en cuanto penetraron en la densa nube negra, sus sentidos quedaron mermados y nada podían ver más que la negrura que los rodeaba.

Sabiendo que la luz se había extinguido y ya únicamente podía encontrarse en un lugar, hacia el norte nos dirimos, a Formenos. Abrí la puerta de la casa de Fëanor, que el elfo Noldo me cerró ha no mucho y, con sorpresa, descubrí que el Rey Finwë estaba allí.

—¿Qué hace aquí Melkor, expulsado por sus iguales?

—Vengo a poner a salvo los Silmarilli, pues serán destruidos si no me los llevo ahora de aquí.

—No te daré esas joyas, pues el alma de mi hij...

El Rey Supremo de los Noldor se quedó en silencio, con los ojos abiertos como platos. Retrocedí un paso y, al fijarme, vi con horror que tenía el pecho atravesado por una de las patas de Ungoliant, como si fuera una espada. Al sacarla, la sangre élfica salpicó y regó el suelo. Así fue como se produjo la primera muerte en el llamado Reino Bendecido.

—Entra ahora —dijo la vil criatura.

Así lo hice. Con las joyas en mi poder, viajamos a Araman y, de allí, al Helcaraxë, el camino helado que cruzamos para llegar a la Tierra Media una vez más. El hielo crujía bajo mis pies a cada paso que daba. Mi intención era librarme de Ungoliant, una vez cumplido su cometido y habiendo sido testigo de lo que era capaz de hacer. Pero la maldad de aquella negra criatura me perseguía cercana y sus tinieblas me envolvían. Cerca ya de las ruinas de Angband, ella me adelantó y se colocó frente a mí, mirándome con fiereza.

—Aún estoy hambrienta, ¿qué más me darás, oh, señor, como alimento tras haber hecho lo que me pediste?

—Más hambre tenéis con cada bocado. No puedo daros más. Aunque devoraseis el mundo no quedaríais saciada.

—No pido tanto, con lo que obtuviste en casa del rey elfo me conformo.

Así pues, con pesar tuve que entregar aquellas joyas, que ella devoraba una a una. Pero los Silmarilli los guardé en una mano y, a pesar de estar en el interior de una urna de cristal, me quemaban.

—¿Qué guardas ahí? Más, dame más.

—¡No! —grité, sacando pecho ante la vil criatura oscura—. No tendréis estas joyas, pues su valor excede vuestro conocimiento. Nuestra deuda está más que saldada.

Sin embargo, ella había crecido mucho, teniendo un tamaño muy superior al mío. Me envolvió con su pegajosa oscuridad y las cuerdas de lobreguez me apretaban. Di entonces un grito de terror que resonó entre las montañas y que seguiría resonando tiempo después, dada su intensidad. Ese alarido despertó a los balrogs que permanecían ocultos en las profundidades de Angband y, como una exhalación, llegaron raudos a socorrerme. Con sus látigos de fuego quebraron las cuerdas imbuidas de tinieblas e hicieron que Ungoliant se retirara. Viéndose en inferioridad, se alejó rumbo al sur, envuelta en un manto de oscuridad para que no pudieran perseguirla. Cuentan que, años después, murió al devorarse a sí misma.

Volví a Angband junto a aquellos balrogs y otras criaturas que me eran fieles. Reformé las antiguas estancias y levanté un triángulo montañoso, Thangorodrim, a modo de defensa. En el interior de la fortaleza, forjé una gran corona de hierro donde engarcé los tres Silmarilli. Me senté en mi trono y esperé.

Mientras, allá en el oeste, Fëanor me llamó Morgoth y pronunció un juramento en contra de la voluntad de los Valar, por el cual perseguiría los Silmarilli y a cualquiera que los tuviera. Muchos de los Noldor se unieron a su causa y se dirigieron al este. En el puerto de Alqualondë se enfrentaron a los Teleri, quienes se habían negado a prestar sus barcos. De esa forma, llegaron a la Tierra Media, mientras que el grueso de la comitiva, encabezados por Finfolfin, recorrieron el paso helado de Helcaraxë, como yo mismo había hecho. Lo que aconteció a los Noldor una vez retornaron a la Tierra Media no ha de ser contado aquí.

Junto a los dos árboles marchitos, Nienna se arrodilló a llorar con amargura, pero sus lágrimas no resultaron ser curativas. También Yavanna cantó, como hiciera en su momento para que los brotes crecieran. Sus esfuerzos no fueron en vano y Telperion dio una flor de plata, mientras que de Laurelin nació una fruta de oro. Cuando ambas fueron recogidas, los árboles murieron al fin. Para el transporte de la flor y el fruto, a Aulë se le encargó construir dos carros que Manwë consagró y Varda convirtió en lámparas, más brillantes que las estrellas.

Isil, la Luna, era el carro en que viajaba la flor de Telperion y Tilion era su conductor. Anar, el Sol, era en donde se transportaba el fruto de Laurelin, siendo la Maia de fuego Arien, quien lo llevaría.

Cuando el Sol se levantó por primera vez allá en el horizonte, sucedió en Hildórien que los hombres despertaron. De este modo fue que los Segundos Hijos de Ilúvatar abrieron los ojos al mundo, mirando al oeste. Todo gracias a la destrucción de los dos árboles, por la que no recibí agradecimientos sino todo lo contrario. Así sucedió que la parte esencial de mi misión en Arda se completó. Aunque aún me quedaban asuntos por hacer en nombre de Eru.